

**LAURA LEW**

**R  
E  
L  
A  
T  
O  
S  
S  
U  
B  
T  
E  
R  
R  
A  
N  
E  
O  
S**

**Ediciones Ruinas Circulares**



Lew, Laura

Relatos subterráneos / Laura Lew. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ruinas Circulares, 2021.

48 p. ; 17 x 10 cm. - (Neos XXI / Libros de bolsillo)

ISBN 978-987-4952-41-7

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723

MARZO 2021

Diseño de tapa: *Dto. Diseño Ruinas Circulares*

Colección Néos xxi (director: *Ricardo Cardone*)

Contacto con la autora: [lalitalew@gmail.com](mailto:lalitalew@gmail.com)

Ediciones Ruinas Circulares

Directora: Patricia Bence Castilla

Aguirre 741 - 7° B

(1414) Buenos Aires

E-mail: [info@ruinascirculares.com](mailto:info@ruinascirculares.com)

[www.ruinascirculares.com](http://www.ruinascirculares.com)

LAURA LEW

RELATOS SUBTERRÁNEOS

COLECCIÓN NÉOS (XXI)  
LIBROS DE BOLSILLO  
ediciones ruinas circulares



## El ritual

A eso de las siete de la tarde, llegaba del trabajo y se encerraba en la pieza contigua a la cocina. El chispazo del fósforo daba inicio al ritual. Papá prendía la pipa y se aislaba de mamá, de mí, del trabajo, de la rutina. Pasaba unas cuantas horas en esa pieza. A veces leía, otras veces prefería mirar por la ventanita que daba a los edificios, ennegrecidos por la mugre. Los olores se mezclaban. Entre el humo que pasaba por las aberturas de la puerta y la comida que estaba haciendo mamá, me quedaba la ropa sucia y no había manera de usarla al día siguiente.

Cuando papá terminaba de fumar, yo escuchaba que sus pasos se acercaban a la puerta y me escondía en el baño, o al menos simulaba que me estaba lavando las manos. Papá intentaba besar a mamá, pero ella prefería abrazarlo o mirarlo fijo a los ojos, con una sonrisa que mostraba todos sus dientes. De esa manera tierna, zafaba de que papá le dejara en la boca el dejo feo del tabaco.

Al principio yo no tenía manera de espiarlo. El ritual no podía hacerse si la puerta no estaba cerrada. Papá llegaba, dejaba sus cosas en el perchero de la entrada y se dirigía hacia el cuarto. Por detrás iba yo, sin hacer mucho ruido, y me quedaba en la cocina con mamá, imaginando qué podría estar haciendo papá en la pieza. La

intriga me comía por dentro. Quizás escuchaba música, quizás hacía las cuentas de los gastos. O simplemente prefería quedarse sentado sin hacer otra cosa más que fumar.

Mamá tenía un maletín con herramientas dentro de un cajoncito. Un día, mientras ella se bañaba, abrí el maletín y saqué un destornillador amarillo, que papá había robado del taller a donde iba todos los días a trabajar.

La punta era plana y chiquita. La puerta era de madera y no tenía cerradura de metal. El agujero por donde entraba la llave era totalmente accesorio. Lo difícil no era ampliar ese espacio, sino que quedara bien prolijo. Papá se daba cuenta de los cambios. Pasé muchas veces el destornillador por el hueco. La punta me servía para darle un acabado más fino, más redondo. La madera era muy mala y cedió fácilmente. Con la escoba barrí y junté el aserrín, que era poco, pero no dejaba de ser visible. Ahora debía esperar.

Antes de entrar al cuartito, papá se quedó mirando el agujero. Yo sentía que el corazón se me salía. Movié un poco el picaporte y metí un dedo en el hueco. Se quedó largo rato frente a la puerta. Trataba de descifrar qué tenía de distinto. Pero al ver que la madera no estaba dañada, y que en el piso no había restos de polvo, soltó un suspiro, entró y se quedó en la piecita. Yo lo espí a través del agujero.

Papá abrió la ventanita para no llenarse de humo. Agarró la silla verde que nos regaló la abuela para alguna navidad. Buscó la caja de fósforos y el tabaco, que estaban escondidos detrás del escritorio. Los tenía guardados en una especie de tabaquera de tela, bastante rudimentaria. Como si se la hubiese cosido él. Cruzó una pierna y agarró la pipa. Prefirió ponerse de espaldas a la puerta. Después del chispazo, el humo empezó a llegarme. Se mantuvo inmóvil. La pipa se le apagó una vez. La volvió a encender y cruzó la otra pierna.

Mamá, de a ratos, me miraba y se quedaba asombrada de mi comportamiento. Después entendí que, más que ternura, papá le causaba rechazo. Odiaba el olor que quedaba en la casa, odiaba tener que esquivar los besos a papá.

Hubo una única vez en la que papá hizo el ritual en público. Era el mes de enero y habíamos alquilado una casita frente al río. Era preciosa. Estaba hecha de madera y en los zócalos crecían plantitas. Tenía varias camas cuchetas. Pero preferíamos dormir en el living, donde estaba más fresco. Tirábamos los colchones en el piso y apenas nos tapábamos con una sabanita. El calor pelaba.

Era el anteúltimo día y papá me despertó con el café listo. Tomé unos sorbos y después nos fuimos para el río. Traté de cargar las reposeras, pero eran muy pesadas. Por primera vez, papá

me dejó llevar la pipa y la tabaquera de tela. Sentados frente al río, la prendió. La postura era la misma. Inmóvil y con una pierna cruzada. El olor del humo se mezclaba con el frío del viento. Nos quedamos un rato largo. Cada tanto tenía que despegar la vista del río, porque el sol se reflejaba y me hacía doler. En esos momentos miraba a papá. Tenía puesto un gorro para no quemarse la nariz. Con la pipa en la boca se puso a tirar unas piedritas. En una de esas me preguntó por qué lo miraba tanto. Tenía la excusa del reflejo. Pero no le respondí. Opté por sonreírle, como mamá lo hacía, mostrando todos los dientes. Después giré la cabeza hacia el frente, hasta que el río me volviera a encandilar.



## El escondite

...cinco, seis, siete, ocho, nueve... y... diez, ¡el que no se escondió, se embromó! Me levanté rápidamente de la cama, donde debía contar boca abajo y con las manos cubriendo los ojos para que no espicara, así no seguían escondiéndose. Fui corriendo hasta la sala de estar. Miré atrás de la biblioteca llena de libros de mi tío, abrí las puertitas del mueble marrón atigrado y, aunque no valía esconderse allí, pispié el hall oscuro de la entrada al departamento ya que esa era la trampa preferida de mi primo, y así me ganaba.

Era jueves, mi día favorito. El día de visita a mis tíos, los que vivían en la avenida Santa Fe, y el día de juegos con mis primos, que más que primos eran mis hermanos. Yo salía del colegio a las seis menos diez y tomaba el subte D en la estación Tribunales. Durante el recorrido sentía una extraña mezcla de adrenalina, ansiedad, felicidad, como cuando iba en julio a una juguetería a ver cuál sería el regalo del día del niño, que llegaría en agosto. Bajaba en la estación Agüero y subía las escaleras corriendo, portafolios marrón en mano hasta la puerta del edificio, donde mi prima Mónica me esperaba con el gestito que indicaba “apurate que la merienda está servida”, chocolatada caliente y esas vainillas blandas que tanto me la recuerdan.

Me sorprendía la cantidad de libros que tenían. La biblioteca enorme, de color negra, con tonos dorados, repleta de ejemplares que nunca alcancé contar. Había uno que me llamaba mucho la atención, era de tapa verde y dura como una piedra, con letras doradas. Mi tío me decía que esta biblioteca era como la de Babel. Yo no entendía que significaba eso y cada vez que lo repetía, asentía con la cabeza, sin razón.

Después de la merienda venían los juegos: el tutifrutí, el dígallo con mímica y después mi favorito, las escondidas. Como había fallado en el intento de encontrarlos en los lugares comunes, me agaché y sigilosamente fui hacia el bañito chico. Este era un lugar clave donde mi prima Mercedes solía esconderse. Aprovecho este momento para un truco de gran utilidad en el juego de las escondidas, no se lo cuenten a nadie, queda entre nosotros: mirar a través del espacio que dejan las bisagras de la puerta. ¿Por qué? si uno entra directo al baño o a cualquier lugar, le está dando chance a los competidores de que la cierren, te dejen adentro y ganen. Con mis doce años recién cumplidos, debía tener presente todas estas estrategias antes de salir en la búsqueda. Aún así, no recuerdo haber ganado nunca, aunque creo que tampoco me importaba demasiado. Después de mirar por el fino espacio de luz que quedaba entre la puerta y el marco, me acerqué muy despacio hacia la bañera. Podía oír

las tenues risas de mi prima Mercedes, siempre se escondía ahí, detrás de la cortina, para que yo la descubriera. Era su manera de alentarme. Estaba segura de que la encontraría, como todos los jueves. Sin embargo, el temor de mover la cortina de baño y encontrar un monstruo de uñas puntiagudas a punto de devorarme con sus filosos dientes era una sensación fatal que se apoderaba de mi cuerpo. Tomé coraje al recordar que para triunfar, al menos en este juego donde la oscuridad favorece a la mayoría, hay que ser valiente. Sin pensarlo dos veces, arrastré el plástico blanco que cubría la bañera y a mis ojos les costó tan sólo un segundo entender que mi prima estaba ahí, acostada. Salí corriendo, toqué la cama y grité “pica”.

Ahora solo me faltaba encontrar otros dos tesoros ocultos: Javier y mi prima Mónica.

Sintiéndome una especialista en el asunto proseguí con la búsqueda. Mi primo Javier hacía pequeñas trampas y siempre terminaba ganándome, así que debí pensar en los lugares más extraños y ocultos de la casa. En menos de un segundo se me ocurrió una idea estupenda, brillante, acerca de dónde se escondería mi primo. ¡Qué astuto era!. Había que estar muy concentrada para poder encontrarlo. Así fue que entré en la cocina y repiqueteé los pies como si hubiese descubierto a alguien. Fue tan exitoso el truco, que rápido cayó en la trampa. Estaba

escondido adentro de donde solíamos guardar las bolsas de residuos, un lugar donde jamás en mi vida me hubiera escondido.

Contenta, ya que solo me faltaba encontrar a Mónica, seguí con la búsqueda. Como no estaba en todos los lugares que había recorrido, decidí explorar el resto del departamento. Fui hacia el cuarto de mis tíos, sin hacer ruido, me fijé en el ropero, detrás de las mesitas de luz, debajo de la cama, pero solo encontré pelusas y alguna que otra arañita. Un poco frustrada, persistí en la búsqueda.

Busqué afuera, en el pequeño balconcito y en el pasillo. Debo decir que hasta me fijé en el ascensor. Y nada. Corrí hasta su habitación sin que me importara el ruido que hacían mis zapatos al correr. Llegué y como detective empecé a escudriñar: en el placar marrón, no estaba; debajo de las pilas de sábanas y acolchados; no estaba. Debajo de la cama, tampoco. Fue en ese preciso instante cuando escuché unos pasos muy fuertes y el ruido de cosas cayendo. Me asusté y me quedé acostada en la cama, de forma que no se notara mi presencia. Con los ojos cerrados, los estruendos se incrementaron.

Cuando los sonidos se acabaron escuché un portazo. Muy rápido me levanté e inspeccioné toda la casa. Busqué en todos los lugares que ya mencioné antes e igualmente no hubo caso.

Mónica se escondió tan bien que comenzaba a preocuparme. Quería encontrarla.

\* \* \*

Pasaron días y meses, mis tíos y primos buscaron en muchos lugares a Mónica. Comisarías, el Tercer Cuerpo del Ejército, el Olimpo, el Club Atlético, una concesionaria de automotores y hasta al Virrey Cevallos, un garage en la calle Azopardo, un banco, un campito, la Escuela Superior de la Armada y otros tantos. Al igual que con la biblioteca de Babel, yo no entendía de qué estaban hablando. Me hubiese gustado entender. De cualquier manera, tengo una leve sospecha de que ella sigue escondida en el lugar más recóndito del departamento, esperando ser encontrada. Era tan valiente y capaz que no abandonaría el juego hasta que yo la viera y corriera a decir “pica” por última vez. Estoy convencida de que está allí esperándome. Y por eso, desde hace 41 años voy todos los jueves a la hora de la merienda al departamento de la avenida Santa Fe, y la busco. Porque sé que Mónica espera con la chocolatada y las galletitas de vainilla que tanto me gustan.

*In memoriam: Mónica María Candelaria Mignone, nacida el 14 de febrero de 1952, secuestrada el 14 de mayo de 1976 y desaparecida desde entonces.*



## ÍNDICE

La Negra / *página 7*

El ritual / *página 18*

Septiembre / *página 22*

Última hoja / *página 27*

Le salut / *página 33*

El escondite / *página 37*





## SOBRE LA AUTORA

LAURA LEW Nació en Buenos Aires en 2001. Egresada del Instituto de Libre de Segunda Enseñanza. Actualmente estudia la carrera de historia en la Universidad de Buenos Aires. Asistió a distintos talleres de escritura, como “Rara Avis” con Corina Roldán y “La luz mala” con Mariano Quirós.

LIBROS DE BOLSILLO  
**ediciones ruinas circulares**  
*Título*  
*RELATOS SUBTERRÁNEOS (Narrativa)*

LIBROS DE BOLSILLO  
Se terminó de imprimir en  
**BENGRAF**  
AGUIRRE 741 – Bs. As. – Argentina  
en el mes de MARZO de 2021

## OTROS TÍTULOS de la COLECCIÓN

FERNÁNDEZ, Raquel, Enaguas de encaje rotas (poesía)

GAZZOLI, Rubén, Caminos Cruzados (cuento)

GAZZOLI, Rubén, Equívocos (poesía)

CABALLERO VEGA, Rossemarie, Juego de trenzas (cuento)

CABALLERO VEGA, Rossemarie, Ni Aguja Ni Reloj (poesía)

I-II CONVOCATORIA “La palabra que sana” y

Ediciones Ruinas Circulares (2018-2019-poesía)

GUERRIERI, Sergio, Los placeres culpables (poesía)

*Premio Rubén Reches (2018)*

POLISKY, Eugenio, Invenciones a dos voces (poesía)

*Premio Rubén Reches (2019)*

RAPONI, Karina, elemento: juego (poesía)

CARDONE, Ricardo (cuento)

PEREZ, Liliana, La casa viaja hasta la luz (poesía)

SIBEMHART, Anita, Estaciones Itinerantes (poesía)

¿Cuánto desprejuicio puede caber en la ternura? En su primer libro, Laura Lew entrega relatos deliciosos, una soltura insólita que –por arriesgar una respuesta– nace de su deseo por narrar. Historias familiares que se abren al mundo desde los márgenes y entregan personajes dulces y melancólicos pero a la vez inquietantes. Una madre y su hijo que reformulan su amor espiando a una vecina; un padre y su insoportable olor a tabaco que determinan el porvenir de toda una familia; un padre y una dieta suicida que roza a su propio hijo; cuatro primos que juegan a la escondida y llevan el juego hasta un extremo siniestro. Si la literatura es una aventura, con estos *Relatos Subterráneos* Laura Lew se lanza de cabeza, con alegría, desfachatez y sin pedir permiso. Como corresponde.

*Mariano Quirós*



**Libros de Bolsillo**